

haz de nuestro planeta el Paraíso Terrenal y viviríamos encantados. Quien no haya sido capaz de inspirar un afecto, siquiera uno, es un ente inferior, es una roca, es menos que una roca... Felicia ennoblece hasta mis defectos... ¡Esa gran virtud tiene el amor fino, purifica y crea héroes! Lo cierto es que en salud, belleza, prosapia, donosura y educación Felicia no tiene rival... ¡Qué placer verla andando: su cuerpo gentil parece apenas descansar en las botitas: ligera como una pluma, garbosa como una palmera, ágil como una venadita. ¡Qué placer escucharla! Tiene su voz timbre angélico; sus visajes son risueños y expresivos... ¡No encontraré otra mujer tan adorable! El mayor disparate es dejar al tiempo y las penas marchitar su faz dulce y su alma tierna. Conmigo le amaneció el claro día del amor; yo la he sumido en tristeza, procediendo innoble, injusta y torpemente. ¡Cuán dichosa y encantadora debe de ser la reconciliación, ¡qué horas más felices después de tantas horas perdidas, que ya jamás se aprovecharán... ¡Qué música la de sus labios...!

Y ante el tropel de pensamientos que casi desvanecían de placer su cuerpo, ante los recuerdos que sacudían su cabeza, precipitándose como locos resueltos a entrar en un castillo mágico de goces, erguíase la figura doliente de Felicia, ayer alegre y seductora; sí, doliente aunque ahora quisiera ocultarlo, por causa de él. Y todos esos recuerdos, como antorchas luminosas desfilaban desentenebreciendo el féretro en

que yacía, cual otra Julieta aletargada, el amor juvenil de Luis por Felicia. Antorchas que con su luz esplendente daban vida, y con la oscilación de su llama parecían escribir en las tinieblas, iluminándolas, promesas de felicidad. ¡Es tan bonito recordar placeres que pueden volver...! Si, lo que cabía era desentumecerse, correr a ella, darle satisfacciones cumplidas y atizar la hoguera! A menudo, para picarle el negro puntillo, para suscitar, si fuese posible, celos en el alma de Luis, le dijeron amigas, que Alfredo había triunfado de la aversión que le tenía Felicia; que ya se correspondían y que fácilmente se prescindía de su persona. Pero Luis lo dudaba, y mucho. Es verdad que Alfredo repetía a cada momento que Felicia era su vida; que en deliquio amoroso pasaba tardes con ella, pero eso lo repetía solamente Alfredo.

Al fin se levantaba la muchacha en su pecho con dominio irresistible. Lo que Luis no se explicaba era por qué había dormido tanto su pasión por Felicia y necesitó del pique a su amor propio para despertar.

En tanto a Marta entre pecho y espalda su pena la tenía como una palomilla atravesada por un alfiler hincado en un cartón. La pobre callaba su tormento, tal vez contábalo a las flores del jardincito porque a menudo veíasela contemplándolas; o a las estrellas porque en los anocheceres los ojos les fijaba; y cuando salía de su abstracción una que otra lágrima furtiva le titilaba en las pestañas.

Claudio González Rucavado

EL CARNAVAL

I

Hay gentes que tienen en la uña el almanaque y saben en que día entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales o cuales santos, éstas o las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y co-

mo entre otras cosas se encuentran en el número de éstas los detalles del calendario, de aquí que la mayor parte del año estoy como los niños en el Limbo, sin saber el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae a mi oído